Corpus
Archivos virtuales de la alteridad americana

Vol 5, No 1 | 2015
Enero / Junio 2015

Discusión

Alejandro M. Rabinovich, Nicolas Richard, Diego Villar, Axel Nielsen and Luc Capdevila

Electronic version
URL: http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1401
DOI: 10.4000/corpusarchivos.1401
ISSN: 1853-8037

Publisher
Diego Escolar

Electronic reference
Alejandro M. Rabinovich, Nicolas Richard, Diego Villar, Axel Nielsen y Luc Capdevila, « Discusión », *Corpus* [En línea], Vol 5, No 1 | 2015, Publicado el 30 junio 2015, consultado el 07 mayo 2020. URL : http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1401 ; DOI : https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.1401

This text was automatically generated on 7 May 2020.

Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial 2.5 Argentina (CC BY-NC 2.5 AR)

Discusión

Alejandro M. Rabinovich, Nicolas Richard, Diego Villar, Axel Nielsen and Luc Capdevila

Pregunta de A M. Rabinovich

1 Uno de los puntos de debate más interesantes (y sin dudas el más actual) de los planteados por N. Richard en la introducción merece volver a ser traído a cuento: la cuestión de la simetría o asimetría de los conflictos y de su efecto sobre la visibilidad (historiográfica, teórica, archivística, oficial y social) de los mismos. N. Richard plantea con lucidez que, en un mundo orientado por una grilla occidental de lo que constituye un conflicto bélico, según la cual se entiende la guerra verdadera como conflicto regular entre ejércitos estatales, buena parte de la actividad guerrera americana estudiada por arqueólogos y antropólogos cae fuera de los márgenes del objeto "guerra" y es por ende reducida a categorías policiales o de orden interno (Centeno 2002)[1]. Lo interesante de este planteo, que cuenta ya con una cierta historia dentro de la antropología (Keeley 1996)[2], es que coincide, por un lado, con una mutación notable en la forma que ha tomado el fenómeno guerra en los últimos años a los largo del planeta, y por otro lado con la toma de conciencia, por parte de estrategas y analistas militares e internacionales contemporáneos, de que ante estos últimos cambios la vieja grilla de clasificación de conflictos se ha vuelto obsoleta. Detengámonos pues un minuto en la evolución de la guerra en nuestro tiempo antes de volver al tratamiento del fenómeno guerra en nuestras disciplinas.

2 Se acepta normalmente que la "edad de oro" de los conflictos militares interestatales se extendió desde las guerras napoleónicas hasta la Segunda Guerra Mundial. Bajo la influencia notable de Clausewitz, el pensamiento occidental de la guerra como un fenómeno regular y simétrico se formó y se consolidó en este período. Desde 1945 en adelante, en cambio, con la Guerra Fría y la proliferación de las guerras de liberación nacional, comenzó una mutación que hizo de los conflictos intraestatales y asimétricos un elemento cada vez más importante en el escenario militar internacional. Esta tendencia, disimulada durante décadas por el dramatismo de las guerras entre Estados aún existentes, se agudizó de manera notable con el cambio de siglo hasta llegar en la

actualidad a una situación que no tiene precedentes modernos. Consultemos algunas cifras que lo ilustran.

3 El Heidelberg Institute for International Conflict Research publica anualmente una de las fuentes estadísticas sobre conflictividad armada más reconocidas en términos internacionales (2015). Según el Barómetro del Conflicto para el año 2014 se produjeron en el mundo 424 conflictos políticos importantes. De estos, 223 incluyeron el recurso a la violencia y 46 fueron altamente violentos. Estas 46 guerras propiamente dichas, subdivididas en 25 guerras limitadas y 21 guerras abiertas (Nigeria, Somalía, Sudán, Afganistán, Siria, Irak, Palestina, Yemen, Pakistán, Ucrania, etc.), hicieron del período considerado un año particularmente sangriento. Sin embargo, ninguna de estas confrontaciones opuso abiertamente a los ejércitos regulares de dos Estados, con la excepción mínima de algunas escaramuzas en la frontera entre India y Pakistán. En esto se repite lo registrado en 2013 y años anteriores: el fenómeno de la guerra demuestra tener en nuestra época una vitalidad extraordinaria, pero por primera vez en siglos no se registra ningún caso en que tome la forma de un conflicto interestatal. Los nuevos enfrentamientos bélicos se multiplican, arrasan enormes regiones, destruyen Estados y producen cientos de miles de víctimas, pero las declaraciones de guerra, las batallas campales, los grandes ejércitos de infantería y de tanques a los que nos tenían acostumbrados las películas de la Segunda Guerra brillan por su ausencia.

4 De este modo, la gran mayoría de los conflictos son hoy intraestatales, es decir que oponen a las fuerzas militarizadas de facciones, etnias o regiones entre ellas o en contra de las fuerzas del gobierno local. En los pocos casos en que los ejércitos estatales combaten efectivamente fuera de su territorio, estos se oponen no a otros ejércitos regulares, sino a fuerzas insurgentes de distinto tipo (pensemos en las intervenciones de la fuerza aérea estadounidense o de la OTAN en Libia, Siria e Irak contra una multiplicidad de grupos armados). Se trata en todos los casos, por ende, de conflictos asimétricos donde las tácticas y las reglas de los conflictos internacionales clásicos ya no se aplican. ¿Fue así la segunda Guerra del Golfo, con la caída de Sadam Hussein, el canto de cisne de las guerras simétricas? Hoy los analistas internacionales se lo preguntan y se esfuerzan por crear un utillaje teórico y metodológico que les permita pensar los conflictos actuales sin el corsé del esquema napoleónico (Arreguin-Toft 2001).

5 Como ya es bien sabido, suele existir una correspondencia más o menos mediata, pero no por eso menos inevitable, entre las grandes mutaciones afrontadas por las sociedades contemporáneas y los temas de debate (y las categorías con las que estos se debaten) adoptados por las ciencias humanas. Es esperable, por lo tanto, que a medida que el mundo entra en una era de combates asimétricos, disciplinas como la historia, la antropología y la arqueología se vean interrogadas respecto de las modalidades adoptadas por el problema de la guerra en sus respectivos campos de estudio. No se trata, desde ya, de que nadie vaya a pretender realizar analogías anacrónicas entre las guerras americanas preincaicas o las guerras civiles rioplatenses y la situación actual en África central o en Siria. Simplemente, se trata de acompañar desde todos los ámbitos de la ciencia el esfuerzo de reflexión colectivo que demandará comprender la nueva fase del fenómeno guerra en un momento en que se aleja claramente del modelo de pensamiento dominante hasta hoy.

6 Cabría entonces preguntarse por la medida y la forma en que la cuestión de la simetría o asimetría de los conflictos es registrada en cada uno de nuestros campos de estudio.

¿Se cuenta con categorías analíticas adecuadas para detectar distintas modalidades de la guerra en el caso seleccionado? ¿El clivaje simétrico/asimétrico es considerado relevante? Preguntarse por la cuestión de la simetría en la guerra abre la vía para indagar la medida en que las relaciones de fuerza influyen sobre el tipo de relación que se establece con el Otro en el combate. Se produce forzosamente un choque asimétrico cuando se encuentran dos culturas de la guerra diferentes (pensemos en la Grande Armée de Napoléon hostigada por los Cosacos). Pero la asimetría es también una opción táctica de quien se sabe más débil y opta calculadamente por evitar un choque frontal, con lo que transforma la debilidad en fortaleza. Como le decía el cacique Pootí al emisario del fortín de Patagones: "La guerra es mucho más perjudicial a los de Buenos Aires que a nosotros: cuando el Sor. Rodríguez nos invade, montamos a caballo: si urge abandonamos los toldos y las ovejas; él anda todo el campo perdiendo caballos y nosotros nos divertimos en verlo caminar en balde." (Ratto 1998, p. 31). Así, culturas de la guerra que conocen la batalla frontal pueden optar en un momento determinado por limitarse a tácticas indirectas (raids, guerrillas, malocas), y viceversa. Los mismos ranqueles que evitan las incursiones de Rauch durante años, cuando se sienten fuertes lo esperan y lo derrotan en Las Vizcacheras.

7 Si, como dice Guillaume Boccara para los reche-mapuche, la lucha armada era una "verdadera guerra de captación de la diferencia, de construcción del "sí-mismo" en un movimiento de apertura caníbal hacia el 'otro' " (1999), ¿cómo interpretar las opciones por un combate simétrico o asimétrico? La gradación mapuche de la guerra en *tautulun*, *malotun* (o malón) y *weichan* (Villar y Jiménez 2005), además de presentar una variación de escala ¿presenta una diferente forma de relación (simétrica/asimétrica) al otro? Preguntamos entonces a los participantes del debate. ¿Según los registros arqueológicos, las comunidades andinas preincaicas hacían la guerra entre ellas de modo equivalente a como combatieron al inca y luego a los españoles? ¿Podemos saber de qué manera las parcialidades que habitan el Chaco adaptaron sus formas de combatir ante la aparición de las fuerzas militares bolivianas y paraguayas? ¿Y entre estas últimas, predominantemente regulares, hubo adaptación al hecho de operar en un ambiente habitado por actores irregulares? ¿Qué sucede con los pueblos de las tierras bajas sudamericanas, que practican entre ellos una guerra "autorregulada" regida por prácticas y códigos guerreros compartidos, cuando se ven forzados a combatir a un Otro ajeno a esa cultura de la guerra, ya sea por la aparición del hombre blanco o por el contacto con otro grupo indígena? ¿Se mantienen las tácticas de raids, la búsqueda de scalps y el recurso al canibalismo o existe una adaptación al modo de combatir del contrario?

Pregunta de Nicolás Richard

8 Quisiera proponer un tema, que es un tema clásico en los estudios sobre la guerra, y que creo nos permite cruzar las cuatro presentaciones y al mismo tiempo enganchar con la pregunta de Alejandro. Se trata del problema de las armas. En efecto, por un lado, las armas son un indicador clave a la hora de estudiar las formas de simetría y asimetría en la guerra, pero por otro lado, más ampliamente, porque las armas contienen, casi, en sí mismas una antropología del otro en la guerra, una codificación o una tecnología del otro en guerra. Tengo esta imagen en mente. No recuerdo en cuál de las muchas memorias que los militares publicaron tras la guerra del Chaco, hay un soldado

paraguayo que narra el día del cese al fuego, previsto para tal hora de la tarde: durante toda la noche y la mañana que lo precedieron los cañones de lado y lado dispararon todo lo que les quedaba, ensordecedoramente, rabiosamente, hasta que precisamente llegase la hora convenida, en la que se hizo un silencio absoluto y de algún modo conmovedor, y del otro lado de las líneas empezaron tímidamente a levantarse y a mostrarse los que hasta ese momento eran sus enemigos: entonces, dice el paraguayo, por primera vez en tres años de guerra "le vi la cara a un boliviano". En efecto, en una guerra de ametralladoras, morteros y bombas apenas si hay ocasión de ver la cara del enemigo. Estas armas producen una relación bastante abstracta con el cuerpo del otro, que no tiene pues rostro, ni puede hablar, ni tiene mirada, etc. Esto ha vuelto a ser muy discutido con el boom actual de los drones y formas distantes de hacer guerra: la deshumanización de un enemigo que se transforma ahora en un punto rojo indistinto sobre un monitor. Podemos también recordar toda la fuerza de ese texto en el que Jean Norton Cru (1929), a partir de centenares de cartas y testimonios de soldados de la Primera Guerra Mundial, desarma y decontruye la guerra que cuentan los oficiales (noble, bayoneta en mano, en un cuerpo a cuerpo heroico con el enemigo) para mostrar cómo lo que allí ocurría era principalmente que la gente moría destrozada por un cañonazo, enferma en las trincheras o reventada en una carga suicida contra un muro de ametralladoras, etc., pero sin nunca llegar al cuerpo a cuerpo heroico y con arma "blanca" que fabulaban sus generales.

9 Una primera pregunta va entonces dirigida a A. M. Rabinovich y a L. Capdevila, por cuanto ese siglo XIX sobre el que ambos se concentran corresponde justamente al momento transicional en el que el arma de fuego individual y el arma de fuego a repetición se difunden y modifican sustancialmente la dinámica, la cultura y la antropología de esas guerras. No solo por el desequilibrio de fuerzas que supone (todas las fronteras "internas" constituidas en los siglos anteriores a partir del equilibrio que introdujo la adopción del caballo en la guerra indígena se caen en ese momento: la frontera mapuche, la frontera mbayá o guaycuru, la frontera chiriguana...), sino también en el sentido en que esas armas introducen una nueva antropología y una nueva concepción del enemigo. La pregunta entonces es por cómo ven ustedes este asunto de las armas en sus respectivos objetos de estudio y en particular sobre lo problemático que resulta este momento transicional. Respecto de las intervenciones de A. Nielsen y de D. Villar, podría formularse la misma pregunta pero en otros términos. Aquí también el expediente de las armas es crucial, no solo en el sentido en que estas constituyen un indicio material privilegiado —a menudo el único — para comprender las formas de la violencia en dichas sociedades, sino también, en el mismo sentido en el que venimos hablando, porque cada arma contiene ya y en sí misma un tipo de muerte del otro (Borges discutía estas cosas con su puñal...) y entonces un tipo de concepción del otro. Es decir que las armas constituyen un archivo del tipo de relaciones, de interconcepciones y de antropologías mutuas en juego. Pero hay también otro aspecto. Ya mencionamos este expediente clásico que es el de la introducción del caballo en la guerra indígena: se alargan las lanzas, desaparece el arma corta de palo, se abre este densísimo expediente del estribo sobre el que tan bien ha trabajado H.Schindler, es decir, correlativamente, el problema de las manos del jinete que quedan o no liberadas (el caballo guaycuru no lleva estribo, el mapuche lleva estribo de un dedo). Es decir que el caballo modifica enteramente el paisaje de las armas todo a su alrededor y por supuesto —esto es muy importante—también el de las armas de quienes van a pie y deben defenderse de él. Esto quiere decir que un arma no se define nunca en sí misma

sino siempre en relación a la del otro y también que todo aquello puede cambiar con extremada rapidez: en general, las armas se difunden muy rápidamente, mucho más rápido que una lengua, unas ideas o un tipo de comida (de modo que muy frecuentemente gente que habla distinto, piensa distinto y come distinto utiliza sin embargo unas mismas armas). La pregunta es, entonces, por un lado, por cómo se plantea el problema de las armas en estos dos espacios andino y de tierras bajas desde este punto de vista de la relación al otro y, por otro lado, accesoriamente, si tienen ustedes ejemplos o elementos sobre momentos de cambio o redefinición en el plano de las armas que permitan imaginar este cambio correlativo en las formas de pensar y relacionarse con el otro.

Respuesta de Diego Villar

10 Retomando el espíritu de mi conclusión, que reconozco algo escéptico, ensayo una respuesta anticlimática que apenas añade algún matiz al cuadro de por sí policromo que compone la discusión del fenómeno bélico.

11 Una primera lectura de la Guerra del Chaco, más lineal, revela de inmediato el panorama desgarrador que cabe esperar en semejantes circunstancias: violencia, pillaje, atropellos, epidemias, desplazamientos forzosos, colonización definitiva del territorio indígena. Pero, a la vez, frente a una misma realidad agobiante las respuestas de los indígenas chaqueños parecen haber sido diversas, y ante la entrada en escena de los ejércitos nacionales, las adaptaciones tan variadas como heterogéneos sus protagonistas (cf. los estudios compilados en Richard 2008, Capdevila, Combès et al. 2010). Primera constatación: más que cambiar su protocolo bélico los chaqueños procuran servirse de la guerra para encauzar, realimentar o redefinir conflictos preexistentes. Las fuentes nos muestran grupos que se repliegan para evitar las hostilidades (los wichís-guisnais del Pilcomayo), grupos que participan de forma episódica e intermitente (chamacocos), grupos que desarrollan una suerte de sumisión estratégica (enlhet, angaités), grupos que se enrolan de forma entusiasta (makás y nivaclés), grupos que no se inmiscuyen de forma directa pero emplean las armas y pertrechos abandonados en los campos de batalla para fogonear sus circuitos de venganzas ritualizadas (nivaclés, toba-pilagás) y también otros que aprovechan la ocasión para confederarse y exterminar más eficazmente a sus enemigos tradicionales (por ej. los giday-gosóde a los totobié-gosóde). Pero incluso así podría suponerse que esta línea argumental depende todavía demasiado de un encasillamiento étnico de las sociedades chaqueñas. Porque sabemos que aun dentro de un mismo grupo —por tomar solamente el caso maká— hubo contingentes que integraron las fuerzas paraguayas, otros que permanecieron al margen del conflicto y hasta algunos que combatieron contra Paraguay aun sin alistarse del lado boliviano. Y si enfocamos las cosas a nivel individual encontramos asimismo historias de vida en las cuales la guerra opera como hito prestigioso o legitimador (Pinturas, Juan, Tofaai, Chicharrón) y a la vez biografías más tortuosas como la de Casiano Barrientos, líder isoseño que alternó lealtades entre bolivianos y paraguayos hasta ser fusilado por alta traición por los primeros. O sea que, hilando fino, lo que se impone es una enorme variedad de trayectorias, respuestas y estrategias.

12 Por parte de las tropas bolivianas y paraguayas, hasta donde sé, las relaciones con el factor indígena —en muchos casos ni siquiera considerado irregular— no parecen

menos heterogéneas. Hay un abanico de actitudes, categorizaciones y expectativas que va desde la habitual ignorancia lisa y llana (los "hombres transparentes"), pasando por la indiferencia de aquellos que —cuando lo hicieron— pensaron el problema en términos genéricos ("los indios"), sin ninguna particularidad destacable más allá de su papel auxiliar, colateral o hasta paisajístico, hasta episodios en los cuales los indígenas fueron seducidos por su propia condición étnica (p. ej. el ejército paraguayo cortejando a los isoseños, guarayos y chiriguanos por medio del denominador común de la lengua guaraní); o incluso algunos casos, definitivamente menos frecuentes, en los cuales fueron activamente reconocidos e integrados a la agenda castrense (los ejemplos paradigmáticos son el coronel ruso Ian Belaieff y su tropa maká del lado paraguayo, o Ángel Ayoroa y su milicia ayorea del lado boliviano).

13 Un cuadro tan variopinto, en definitiva, invita a asociar la complejidad de las estrategias indígenas con la pregunta por la influencia social de la tecnología bélica. Sin negar en modo alguno el impacto de un horizonte tecnológico inédito (aviones, blindados, morteros, ametralladoras), parece apresurado no obstante ligarlo de forma causal con la dinámica de la categorización antropológica. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, que un cuarto de siglo antes de la guerra, Erland Nordenskiöld (2002 [1912], pp. 9, 18) percibe en el cacique Taycolique la misma actitud que luego caracterizaría a muchos chaqueños durante el conflicto: el anciano toba tiene conciencia cabal de las innovaciones técnicas y cambia sus viejos fusiles Remington por armas de repetición, lo cual inclina a su favor la tradicional enemistad con los nivaclés, que llegan a implorarle al propio sueco que forme "una tropa auxiliar equipada con mis armas de fuego: me ilustraron con elocuentes palabras cómo íbamos a escalpar a los hombres, tomar presos a mujeres y niños, y a robar gran cantidad de caballos". Los testimonios podrían multiplicarse. Hay adaptación a las nuevas condiciones (actores, escenarios, armas, códigos, tácticas, magnitudes), sí, pero más que un cambio nítido de paradigma lo que nos revelan las fuentes es una gradación de irregularidades, heterodoxias *pidgin* y formas mixtas, transicionales, ambiguas, plenas de disonancias y opacidades.

14 Atractiva como es entonces la idea de que cada estrato marcial corresponda a una concepción colectiva de sí mismo y del otro, tampoco me parece aplicable sin más al llamado complejo ecuestre. Más allá de las ventajas logísticas, prácticas y estratégicas que indudablemente otorgó a los guaycurúes, no sostendría que el caballo de por sí (ni los lazos, las boleadoras o los fusiles de retrocarga) los haya vuelto guerreros —como tampoco hizo serviles a los terenas, guanás, tomaráhos, etc. Sospecho que el caballo más bien facilitó que los *indios cavalheiros* hicieran más eficazmente lo que ya venían haciendo: asaltar, robar ganado, huir, traficar esclavos, subyugar grupos agricultores, explotar su demografía, tejer alianzas, intercambiar lealtades, estratificarse en rangos, jerarquías y estirpes guerreras. Seguramente la adopción de una tecnología bélica sea un hecho social total que en cada momento histórico supone determinados efectos culturales, técnicos, económicos, políticos, etc. Pero no parece posible asociarla de una forma tan clara y evidente con las concepciones relacionales de la identidad y la alteridad; o, al menos, no me atrevo a proponer una correlación más significativa que cualquiera de las que podría establecerse también con las técnicas de producción, transporte, subsistencia, etc. Estoy plenamente de acuerdo con que un régimen guerrero (un procedimiento constructivo, una técnica de cultivo, un grafismo) hace posibles determinadas asociaciones y otras no —se ha dicho, así, que el estribo entraña una nueva simbiosis hombre-caballo, que entraña a su vez nuevas armas y nuevos instrumentos, etc. Pero también con que una sociedad, más que por sus herramientas,

se define por sus alianzas y enemistades; o, lo que es lo mismo, por la apertura y clausura de sus redes de sociabilidad. Al fin y al cabo "la desgracia del guerrero salvaje" no es estar condenado a la guerra: es no poder ser salvaje.

Respuesta de Axel Nielsen

15 A. M. Rabinovich y N. Richard nos proponen profundizar la discusión en relación a la simetría relativa entre las partes en guerra y respecto a las armas utilizadas, dos temas que están estrechamente relacionados.

16 Todo parece indicar que las guerras pre-incaicas tuvieron un carácter fundamentalmente simétrico, aunque resulta difícil acercarnos desde el registro arqueológico a la dinámica de estos conflictos, a los detalles de cómo se combatía o a la percepción que pudieron tener de estos acontecimientos sus protagonistas. La distribución y cronología de las formas defensivas de asentamiento indican que fueron alrededor de 200 años de inseguridad (siglos XIII y XIV) que afectaron fundamentalmente a poblaciones que practicaban la agricultura (generalmente combinada con el pastoreo y la caza), desde la sierra central del Perú hasta el noroeste argentino y el norte de Chile. Aunque el tamaño y grado de integración política de estas comunidades variara en un espacio tan dilatado, en cada región, las escalas de los grupos enfrentados eran comparables y en ningún caso parecen haberse producido conquistas territoriales significativas. Antes bien, se trataría de un prolongado "estado de belicosidad" entre pares, que debió atravesar ciclos de mayor o menor hostilidad, con alianzas cambiantes y períodos de paz e intercambios, en un marco de relaciones relativamente equilibradas, que trajo aparejada una consolidación de las identidades étnicas entre los colectivos regionales en pugna. En este sentido, cabe pensar que la guerra fue un factor importante en la constitución y reproducción de estas comunidades y de la trama de relaciones políticas que las definía como tales.

17 Las normas de enfrentamiento, las tácticas y las armas fueron aparentemente similares. Se trataba de asaltos sorpresivos sobre asentamientos residenciales destinados a herir y destruir, robar ganado o algún otro bien de fácil transporte, tal vez acompañados de la captura de prisioneros. No existían ejércitos profesionales, por lo que es probable que la guerra tuviera lugar solo en la estación seca, de modo de permitir el desarrollo de las labores productivas durante la época de lluvias. El arco y la flecha junto con la honda fueron las principales armas arrojadizas, mientras que palos, piedras, mazas, manoplas y tal vez lanzas se emplearon en la lucha cuerpo a cuerpo; los elementos de protección fueron cascos y corazas de cuero, lana, caña y fibra vegetal. Es probable que algunas armas hayan sido emblemáticas de ciertos grupos, como sucede con el arco y flecha en los valles orientales o la honda en el Altiplano, pero esto no conlleva diferencias significativas en la eficacia de los instrumentos ni de las formas de combate utilizadas. Las evidencias óseas de traumas indican que en algunas regiones hasta el 15% de los adultos de ambos sexos sufrieron violencia corporal, aunque la discriminación entre los efectos de la guerra y otras formas de violencia interpersonal es todavía materia de discusión entre los bio-antropólogos. En varias regiones del sur andino fueron comunes los trofeos de cráneos y también existen evidencias de *scalping*, aunque faltan estudios detallados que permitan entender los detalles de estas prácticas y su similitud relativa con las documentadas etnográficamente entre grupos de tierras bajas.

18 Las guerras de conquista que acompañaron a la formación del Tawantinsuyu durante el siglo XV indudablemente suponen una relación asimétrica entre los incas y las formaciones políticas locales. Respecto a la guerra propiamente dicha, esta asimetría no se revela en las armas, que fueron básicamente las mismas, sino ante todo en la presencia de un ejército permanentemente movilizado y apoyado por una infraestructura logística desconocida hasta entonces. Esta nueva forma de combatir, posibilitada por la presencia de un Estado y eventualmente apuntalada por una vasta infraestructura vial (el *Qhapaqñan*), con puntos de abastecimiento asociados (tambos) y un sistema tributario, tornó obsoletas las antiguas formas de enfrentamiento. Carentes de guerreros especializados o de reductos defensivos capaces de sostener un sitio, la mayoría de los grupos debieron sucumbir frente a la ofensiva incaica sin ofrecer una resistencia armada significativa. La rebelión de los qollas en la cuenca del lago Titicaca y la resistencia de los chichas en los valles del sur de la actual Bolivia seguramente eran recordadas en el siglo XVI precisamente por su carácter excepcional.

19 La sumisión frente al poder militar del inca no fue obstáculo para que muchos grupos del sur andino sufrieran otras formas de violencia al momento de la conquista. La destrucción de espacios públicos, el abandono súbito de grandes poblados y el traslado de comunidades enteras para servir al Estado en diversos contextos, son fenómenos que no debieron estar exentos de violencia y que revelan la asimetría de aquel encuentro. A diferencia de las guerras simétricas del período anterior, que fortalecieron la cohesión de los colectivos regionales, su memoria y su territorialidad, la conquista inca trajo aparejada una reformulación drástica de las representaciones locales que daban cuenta de los derechos ancestrales de estos grupos sobre sus recursos, como lo revela la destrucción sistemática de los monumentos a los antepasados (chullpas, sepulcros sobreelevados) y la imposición del culto solar oficial, que incluía entre sus prácticas la construcción de santuarios en la cumbre de los principales cerros que hasta entonces actuaban como deidades protectoras de las comunidades locales.

20 La conquista española involucró nuevas asimetrías, como las derivadas de la superioridad de las armas de fuego, del uso del hierro o de la caballería. Debemos recordar, sin embargo, que la cantidad de caballos, armas y soldados europeos que intervinieron en la guerra de conquista fue mínima. Las fuerzas que derrotaron a los ejércitos incaicos estaban conformadas fundamentalmente por andinos, grupos sometidos por el Tawantinsuyu o facciones desplazadas, quienes vieron en la invasión hispana una oportunidad de saldar sus propias cuentas, recuperar su autonomía, o asegurar posiciones en el nuevo orden político. Desde este punto de vista, la conquista de los Andes fue en gran medida una guerra entre indígenas que —cabe suponer, puesto que las fuentes no abundan en detalles sobre el particular— combatieron con armas y de acuerdo a lógicas que no debieron ser muy diferentes a las que prevalecieron durante los períodos anteriores. Donde no pudieron aprovechar estas rivalidades entre pueblos locales, la superioridad de las armas o las destrezas militares no bastaron para superar la resistencia indígena, como lo ejemplifican los casos Omaguaca y Calchaquí, que mantuvieron control sobre sus territorios durante décadas luego del primer encuentro con los invasores.

Respuesta de Luc Capdevila

21 Quisiera asociar las preguntas de Nicolas Richard sobre la noción de guerra transicional y la reflexión desarrollada por Alejandro M. Rabinovich sobre la dualidad asimetría/simetría según los conflictos. La guerra de la Triple Alianza es un observatorio privilegiado para este análisis en razón de la escala del acontecimiento. No obstante, es una observación valedera para la mayoría de los conflictos de alta intensidad. Para abordar esta cuestión, uno de los mejores ángulos de observación es el análisis de la violencia en el campo de batalla y sobre todo la relación que establecen con esta violencia los distintos protagonistas, ya sean beligerantes, víctimas u observadores. Sobre este punto, la historia de las imágenes de la guerra ofrece una grilla particularmente eficaz (Díaz Duhalde 2015, Musée d'histoire contemporaine 2001).

22 En efecto, el principal elemento que resulta del análisis de la violencia en la guerra de la Triple Alianza es su ausencia de homogeneidad, ya sea en sus formas, en su uso o en su intensidad. La violencia varía según el tipo de beligerantes. Primero, sobre el plano estructural que constituyen los combates que oponen grupos indígenas aliados o auxiliares de los ejércitos regulares y que se caracterizan por masacres sistemáticas y recíprocas, torturas, mutilaciones y matanza de caballos. Pero varía también según los momentos de la guerra. La masacre de prisioneros paraguayos —y la reutilización de los que sobrevivieron en los ejércitos argentino y uruguayo— que sigue a la batalla de Yataí en agosto de 1865, parece corresponder sobre todo a la inercia de actitudes propias a las guerras civiles. De lo que López acusa a Mitre en una carta fechada el 20 de noviembre de 1865, en la que denuncia las infamias perpetradas en las guerras intestinas que habían deshonrado al Río de la Plata ante el mundo. López estigmatiza en este caso la *guerra Gaucha* relatada por Sarmiento en *Civilización y Barbarie* (1967 [1851]), en la que, según él, no se toman prisioneros, los gauchos matan a cuchillo como carniceros y las facciones pueden reabsorber grupos enemigos enteros dispuestos a seguir al caudillo dominante en cada momento. Del lado paraguayo, las masacres de prisioneros son a menudo ejecutadas por niños soldados. Estos asesinatos son ordenados por la jerarquía tras los éxodos que se producen por la caída de la fortaleza de Humaitá en agosto 1868, cuando la Triple Alianza toma posición en territorio paraguayo, es decir en un momento de desesperación, de huida y de paranoia de los dirigentes paraguayos. La masacre de Tupí-Hú perpetrada por los brasileros en mayo 1869,¿no sería acaso la consecuencia de este proceso de "brutalización" guerrera? La tropa estaba agotada por el acoso de la guerrilla paraguaya y por una guerra que no acababa nunca.

23 De hecho, es difícil dar una coherencia de conjunto a todas estos excesos. Poner el acento en las fallas de la cadena de mando, como lo hacía el mariscal López cuando debía referirse a los crímenes cometidos por sus propios hombres, no es suficiente. A menudo estas ejecuciones se realizaban no solo ante una autoridad jerárquica, sino directamente por orden suya. La explicación a partir de un proceso de brutalización tampoco parece eficaz, puesto que este no es lineal ni homogéneo entre los protagonistas. Así, por ejemplo, las fuerzas brasileñas se inscriben más bien en un marco convencional durante la primera fase del conflicto, pero en el de una guerra absoluta hacia el final, tal y como lo observaba Clausewitz a propósito de las guerras napoleónicas. Mientras que del lado argentino se observa más bien el proceso inverso, con comportamientos muy violentos asumidos por la jerarquía al principio del conflicto, pero con muestras de haber sufrido un traumatismo colectivo a partir de la

batalla de Curupaytí, el 22 de septiembre de 1866, en donde un gran número de hijos de notables argentinos perdieron su vida. Se observa desde ese momento un relativo desapego de Argentina en la guerra —es cierto que Buenos Aires enfrenta entonces movimientos de oposición internos— y aparecen manifestaciones de repulsión frente a la violencia, observables por ejemplo en la negativa del general Mitre de entrar a Asunción en enero de 1869, para no verse implicado en el saqueo de la ciudad por parte de las fuerzas brasileras, que había anticipado. De suerte que la cuestión del "derecho de guerra" resulta plenamente presente en el corpus cultural de los beligerantes, o al menos de sus élites, desde el principio hasta el fin del conflicto.

24 Dicho de otro modo, es difícil analizar el hecho guerra como un todo homogéneo y coherente. Cada guerra conjuga un marco convencional (inscrito en una cultura de la guerra) y contextos no convencionales que varían según las escalas, los individuos, los momentos y las dinámicas propias al conflicto. La guerra de la Triple Alianza en este sentido es extremadamente compleja en razón de su carácter híbrido, por un lado guerra internacional, y por otro, guerra civil endógena y exógena, que se inscribe además en un marco convencional y en un contexto simultáneamente colonial y poscolonial.

25 La problemática de la transición interroga al mismo tiempo la cuestión de las armas. El conflicto de la Triple Alianza participa de una nueva generación de guerras de la segunda mitad del siglo XIX (Guerra de Crimea, Guerra de Secesión, Guerra franco-prusiana de 1870) en donde los Estados están ya capacitados para desplegar una potencia de destrucción enorme gracias a sus recursos industriales y nuevas tecnologías. Estas juegan un rol importante en la guerra del Paraguay. Marcaron a los testigos directos y luego a los historiadores: los barcos a vapor, la artillería y la obligación consecuente de cavar trincheras, las mortíferas balas 'minié', los globos de observación inflados con hidrógeno, la prensa, la fotografía, el telégrafo... Evidentemente, el conflicto de la Triple Alianza marca un giro en la modernidad guerrera del cono sur, como se verificará más tarde en otros escenarios de la región. Sin embargo, los estudios sobre las causas de la hiper-mortalidad del lado paraguayo muestran que la gran mayoría de las muertes fue el resultado de los desórdenes producidos por el conflicto: hambruna, epidemias y diversas exacciones, pero no la muerte directa en el campo de batalla, es decir tal y como en los conflictos más antiguos. Como lo subraya Michael Howard, antes de 1870 las enfermedades mataban más hombres que las balas enemigas, proporción que se invierte enteramente hacia 1918 (1976, p. 127).En este mismo sentido, el estudio de los dossiers de veteranos paraguayos que recibieron pensión de invalidez en los años 1900 (conservados en el Ministerio de Defensa en Asunción), muestra que la parte de las heridas por armas blancas en el campo de batalla, lanza o sable, es todavía muy importante en este conflicto. Lo que permite comprender la ambivalencia de las representaciones de los testigos directos del campo de batalla, en el que se mezclan la fuerte inercia de un imaginario heroico y un sentimiento de culpabilidad que anuncia los futuros testimonios de excombatientes del siglo XX víctimas del *Post-traumatic stress disorder* (Fassin y Rechtman 2007).

26 Transición, ambivalencia, hibridación, guerra en la guerra o encastramiento de escalas son palabras claves para interrogar estos conflictos de alta intensidad.

BIBLIOGRAPHY

Arreguín-Toft, I. (2001). How the Weak Win Wars. A Theory of Asymmetric Conflict. *International Security*, 26(1), 93-128.

Boccara, G. (1999). Etnogénesis mapuche: resistencia y restructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII). *Hispanic American Historical Review*, 79(3), 425-461.

Capdevila, L., Combès, I., Richard, N. y Barbosa, P. (2010). *Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la Guerra del Chaco (1932-1935)*. Cochabamba: ILAMIS-Itinerarios (Scripta Autochtona 5).

Centeno, M. A. (2002). *Blood and Debt. War and the Nation-State in Latin America*. The Pennsylvania State University Press.

Díaz Duhalde, S. (2015).*La Última guerra: Cultura visual y el archivo contemporáneo de la Guerra contra Paraguay*. Buenos Aires: Sans Soleil Ediciones, en prensa.

Fassin, D. y Rechtman, R. (2007). *L'empire du traumatisme: enquête sur la condition de victime.* Paris: Flammarion.

Heidelberg Institute for International Conflict Research.(2015). *Conflict Barometer 2014.Disputes, non-violent crises, violent crises, limited wars, wars*. Heilderberg.

Howard, M. (1976). *La guerre dans l'histoire de l'Occident*. Paris: Fayard.

Keeley, L. H. (1996). *War Before Civilization*. New York: Oxford University Press.

Musée d'histoire contemporaine de Paris. (2001).*Voir, ne pas voir la guerre: histoire des représentations photographiques de la guerre.* Paris: Somogy.

Nordenskiöld, E. (2002 [1912]) *La vida de los Indios. El Gran Chaco (Sudamérica).* La Paz: APCOB-Plural.

Norton Cru, J. (1929). *Témoins: essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 à 1928*. Paris: Les Étincelles.

Ratto, S. (1998). Relaciones interétnicas en el Sur bonaerense, 1810-1830. Indígenas y criollos en la conformación del espacio fronterizo. En Villar, D., Jiménez, J. F. y Ratto, S., *Relaciones interétnicas en el Sur bonaerense, 1810-1830*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur/IEHS.

Richard, N. (Ed.) (2008). *Mala guerra. Los indígenas en la guerra del Chaco (1932-1935).* París - Asunción: CoLibris - Museo del Barro - Servilibro.

Sarmiento, D. F. (1967, [1851]). *Facundo, Civilización y barbarie*. Austral: Buenos Aires.

Villar, D. y Jiménez, J. F. (2005). Un Argel disimulado. Aucan y poder entre los corsarios de Mamil Mapu (segunda mitad del siglo XVIII). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, (3).

NOTES

1. Un ejemplo de esta tendencia lo constituyen los trabajos de Miguel Ángel Centeno. A partir de una definición del fenómeno guerra demasiado restrictiva, por estatista (a substantial armed conflict between the organized military forces of independent political units) y cuantitativa (para que haya guerra debe haber mil muertos por año, sin tomar en cuenta el tamaño de la población

de la que se trata) llega a la insólita conclusión de que el siglo XIX latinoamericano vivió pocas guerras y que existió un bajo nivel de militarización.

2. Kelley, con su crítica a los trabajos clásicos de Wright y Turney-High, es quien más claramente plantea la ilegitimidad de todo razonamiento que defina la guerra en términos occidentales para luego concluir que no existe guerra en otro contexto social.